

la escolta sacaron por los piés ocho cadáveres de los coches. Los sacerdotes que escaparon con vida de los sables, y que sólo estaban heridos, se precipitaron en la cárcel, pero cuatro de ellos fueron cogidos en el rastrillo del cuerpo de guardia, y degollados allí mismo. Algunos que no pudieron entrar tan pronto por la puerta, se metieron por una ventana que daba á la pieza en que el comité de la seccion celebraba sus sesiones. Los individuos que le componian, que eran extraños al degüello, ocultaron estas víctimas al furor de los asesinos, haciéndolos sentar entre ellos. El periodista Pariseau y el intendente de la casa del rey, Lachapelle, debieron la vida á la presencia de espíritu y á las atrevidas mentiras de los miembros de este comité.

IV

Entre tanto, los presos hacinados en la Abadía oian desde sus calabozos este prelude de asesinatos á las puertas del edificio. Desde por la mañana, el aspecto sombrío, y las palabras misteriosas de sus carceleros les habian presagiado una noche siniestra. Por órden del ayuntamiento, se habia adelantado en este dia la hora de la comida. Los detenidos se preguntaron unos á otros cuál podia ser la causa de este cambio en el régimen interior. ¿Sería acaso para una traslacion, ó para marchar á un destierro al otro lado de los mares? Unos esperaban, otros estaban temblando, pero todos se hallaban en la mayor agitacion. Desde las rejas de las ventanas de una torrecilla que da á la calle de Santa Margarita, algunos de ellos descubrieron los carruajes y oyeron los alaridos de las víctimas. En seguida corrió la voz de que habian sido inmolados todos los eclesiásticos. El murmullo de una multitud inmensa que habia invadido el patio y que se apiñaba en las calles inmediatas llegó tambien á sus oidos por las ventanas y por las aspilleras. El ruido de los coches, el paso de los caballos, el choque de los sables, el vocerío confuso que se suspendia por un momento y volvia á resonar despues por intervalos en un prolongado grito de *Viva la nacion!*, todas estas cosas les dejaron por un instante inciertos sobre si el tumulto tenia por objeto inmolarnos ó defenderlos. A los pocos minutos se les dió órden de entrar cada uno en su aposento, como para pasarles lista.

Hé aquí el espectáculo que se les queria ocultar. El último calabozo, que daba al patio, habia sido transformado en tribunal; alrededor de una mesa cubierta de papeles, de tinteros, de libros de registro de la cárcel, de vasos, de botellas, de pistolas, de sables y de pipas, estaban sentados en unos bancos doce jueces de aspecto sucio y de formas atléticas, con todas las trazas de unos hombres salidos de presidio ó acostumbrados á la desolacion y al derramamiento de sangre. Su traje era el de las clases trabajadoras del pueblo: gorro de lana en la cabeza, chaqueta, zapatos claveteados y delantales de tela como los de los carniceros. Algunos de ellos se habian quitado las chaquetas, y con las mangas de la camisa arremangadas, dejaban ver unos brazos fornidos, y en ellos dibujados con sangre y un alfiler los símbolos de distintos oficios. Dos ó tres de ellos, de formas más delicadas, de manos más blancas y de rostros más expresivos, manifestaban ser otra clase de hombres, mezclados á propósito entre éstos para dirigirlos. Un hombre vestido de pardo, con un sable al lado, con la pluma en la mano, y de una fisonomía inflexible y como petrificada, estaba sentado en el centro de la mesa presidiendo este tribunal. Este era el ujier Maillard, ídolo de las reuniones del arrabal



MAILLARD.

de San Marcelo, uno de esos seres, en fin, que produce la hez del pueblo, y á quienes ésta sigue siempre porque no puede adelantárseles. Era rival de Jourdan, amigo de Lambertina, y como ella, uno de los héroes de las jornadas de Octubre, de 20 de Junio y de 10 de Agosto. Maillard se habia constituido en verdugo del pueblo, gustaba de ver correr la sangre, llevaba las cabezas, enarbolaba en la punta de una pica los corazones y despedazaba los cadáveres. Las mujeres lúbricas y los muchachos crueles, que espiaban la muerte despues del combate, glorificaban á Maillard porque saciaba sus ojos famélicos de carnicería y de horrores. Habia concluido por formarse una popularidad por el espanto que causaba su nombre, y sin embargo, se contenia en esta ocasion en sus venganzas y ponía cierto límite á la carnicería. No quitaba la vida por su mano, dejaba este encargo á sus subalternos, y parecia que discutía con su conciencia ántes de entregarles las víctimas.

Tal era Maillard. Cuando llegó allí, venía de los Carmelitas, en donde habia organizado el degüello, y no era la casualidad la que le habia llevado á la Abadía á la hora precisa de la llegada del último convoy, con el registro de las cárceles en la mano. Habia recibido el dia anterior las confidencias de Marat por medio de unos miembros del comité de vigilancia. Danton habia hecho llevar los registros á este comité, y se habian depurado las listas, indicando á Maillard los que debia condenar y los que debia absolver. El juicio de los demas se habia de remitir al tribunal que se formase en los parajes en que se hallasen. Este tribunal tenia la voluntad del pueblo por ley: se leía el registro, los carceleros iban á buscar al preso, Maillard le interrogaba, consultaba con la vista el parecer de sus colegas, y si el preso era absuelto, Maillard decia: *Que se suelte al señor*. Si era condenado, una voz decia: *A la Fuerza*. La puerta exterior se abria á esta palabra, el preso era arrastrado fuera, y al salir caía bajo los golpes de los asesinos.

La matanza empezó por los suizos. En la Abadía habia ciento cincuenta, entre oficiales y soldados. Maillard los hizo traer del calabozo y los juzgó en masa. «Vosotros habeis asesinado al pueblo el 10 de Agosto,—les dijo;—el pueblo pide venganza. Vais á ser trasladados á la Fuerza.» «¡Perdon, perdon!»—exclamaron los soldados poniéndose de rodillas. «No se trata de morir,—les respondió Maillard,—se os va á trasladar á otra cárcel, y puede ser que allí os perdonen.» Pero los suizos habian oido las voces de los que pedian sus cabezas. «¿Por qué se nos engaña?»—dijeron.—Sabemos muy bien que no saldremos de aquí sino para ir á la muerte.» A estas palabras, un marseles y un jóven carnicero entreabren la puerta, é indicando la salida con la mano á los suizos, les dicen: «Vamos, vamos, decidirse, marchemos. El pueblo se impacienta». Los suizos se hacen atras, como un rebaño al aspecto del matadero, y se apiñan en el interior del calabozo, lamentándose amargamente y agarrándose unos á otros. «Es necesario que esto se acabe,—dijo uno de los jueces.—Veamos quién saldrá el primero.» «Bien, yo seré,—exclamó un jóven sargento de elevada estatura, de frente serena y de actitud marcial.—Voy á dar el ejemplo. Enseñadme la puerta por donde debo salir.»

La puerta se abre, el suizo echa su sombrero hácia atras, se despide de sus compañeros y atraviesa el dintel. Su belleza y su resolucion causan estupor en los asesinos. Se apartan y le dejan avanzar hasta el medio del patio; pero volviendo bien pronto de su sorpresa, forman un círculo de sables, de picas y de bayonetas



Comité de vigilancia del ayuntamiento.
Pág. 44.

dirigidas contra él; él sargento da dos pasos atras, dirige la vista tranquilamente sobre sus asesinos, cruza los brazos, permanece un momento inmóvil como esperando el golpe, y viendo que todo estaba pronto, se lanza, bajando la cabeza, sobre las bayonetas, y cae atravesado por mil heridas. A su muerte sigue inmediatamente la de sus ciento cincuenta compañeros. Todos caen unos despues de otros, como los toros en el matadero. Los carros no bastan para transportar los cuerpos con prontitud, y los apilan de dos en dos á los lados del patio para dejar lugar á los que deben morir despues.

El baron de Reding murió el último. Este jóven oficial se señalaba por la elevacion de su estatura y por la expresion varonil de las facciones que distingue á los hijos de las montañas, en donde la naturaleza lo cria todo grande y hermoso. Reding habia sido herido en las Tullerías en un brazo y en una pierna, ambas cosas fracturadas por las balas. Se le habia transportado del campo de batalla á la Abadía, y allí le habian arrojado en una mala cama en un rincon de la capilla. Al menor movimiento que hiciese, sus miembros fracturados se dislocaban y le hacian prorumpir en gritos dolorosos. Una mujer á quien amaba, habia obtenido á precio de oro de los comisionados de las cárceles el permiso de cuidarle. Disfrazada de enfermero de los hospitales, pasaba los dias enteros cerca de la cama de Reding. Aunque conocida por muchos, todos afectaban engañarse con su disfraz, respe-

tando el misterio que ocultaba tanto amor en tanta adhesión. Ya no quedaba ningún suizo que inmolar. Un profundo silencio había sucedido por un momento en el patio á los sablazos y al ruido de la caída de los cuerpos sobre las piedras. Los asesinos estaban bebiendo, y Reding se creyó olvidado. Sus compañeros de calabozo le felicitaban en voz baja; pero contadas las víctimas que había en el patio, no correspondía su número con el de los presos; un suizo faltaba. Entónces se acuerdan del herido. Tres degolladores, con los sables desenvainados y precedidos de un carcelero, entran en la capilla y llaman á Reding. La amante jóven que le cuidaba se desmaya al oír este nombre. Reding suplica á sus verdugos que le maten en la cama, para evitarle el suplicio de ser transportado despues de los tormentos que ya ha sufrido; pero este consuelo se le niega en medio de chanzonetas atroces. Uno de aquellos tigres le tomó en sus brazos y se le echó acuestas, llevándole con las piernas hácia adelante y la cabeza vuelta hácia abajo. El herido da involuntarios rugidos, y bien fuese por ferocidad ó por compasión, uno de los asesinos corta la cabeza á Reding cual si se la serrase. Sus gritos se ahogan con su sangre, llega ya muerto al pié de la escalera, y entónces se arroja su cadáver á los degolladores.

Estos descansan un momento. La noche se acerca, y algunas hachas alumbran el patio. Hollando la sangre con los piés, estos mercenarios del crimen comían y bebían como el trabajador despues de acabar su tarea; pero la obra no estaba más que interrumpida. La municipalidad, advertida oficialmente de la carnicería, había enviado á Manuel, á Billaud-Varenes y á otros comisionados á las cárceles para rechazar al ménos la responsabilidad del crimen y para justificar que había hecho algunos esfuerzos para impedir los asesinatos. Las arengas de aquellos comisionados á la multitud, irrisorias ante la actitud de los asesinos y ante las armas teñidas de sangre, parecían más bien alabanzas que reconvenciones. En ellas se veía la connivencia ó el miedo, y el pueblo las interpretaba como mejor le convenía. Algunas de ellas eran unas verdaderas felicitaciones y una provocación á nuevos asesinatos. «Valientes ciudadanos,—dijo Billaud-Varenes en el patio de la Abadía,—habeis degollado á unos grandes criminales: la municipalidad no sabe cómo corresponderos. Sin duda los despojos de estos malvados pertenecen á los que nos han librado de ellos. Sin creer recompensaros, estoy encargado de ofrecer á cada uno de vosotros veinticuatro libras, que os van á ser pagadas en el acto.»

Mientras que Billaud-Varenes hablaba de este modo, la carnicería, que se había suspendido por un momento, comenzó á su vista. El anciano comandante de la gendarmería, Rulhieres, herido ya de cinco ó seis lanzazos, despojado y dejado por muerto, corría desnudo y ensangrentado alrededor del patio, buscando á tientas con las manos las paredes, cayendo y levantándose de nuevo en la lucha de la agonía. ¡Esta huida sin esperanza duró diez minutos!

Despues de los suizos se juzgó en masa á todos los guardias del rey presos en la Abadía. Su crimen era su fidelidad el día 10 de Agosto. Allí no había fórmula de proceso; eran unos vencidos, y así se limitaron á preguntarles sus nombres. Entregados uno tras otro, su asesinato fué prolongado: el pueblo, en quien el vino, el aguardiente mezclado con pólvora, la vista y el olor de la sangre parecían avivar la rabia, hacía durar el suplicio, como si temiera abreviar el espectáculo. La noche entera apenas bastó para inmolarlos y despojarlos.

El abate Sicard y los dos sacerdotes refugiados como él en un cuartito inmediato adonde estaba reunida la comision, vieron, oyeron y devoraron todos los instantes de esta noche fatal. Una puerta vieja llena de aberturas los separaba de aquella escena de mortandad. Oían el ruido de los pasos, los sablazos, la caída de los cuerpos, los aullidos de los verdugos, los aplausos del populacho, las voces de los mismos de quienes acababan de separarse, los bailes atroces de las mujeres y muchachos que á la luz de hachones cantaban la *Carmañola* alrededor de los cadáveres. A cada momento, algunas diputaciones de los degolladores iban á pedir vino á la comision, que se lo hacía distribuir, y varias mujeres llevaban la comida á sus maridos al amanecer, para sostenerlos, decían, en su penoso trabajo. ¡Obreros de la muerte, embrutecidos por la miseria, la ignorancia y el hambre, para quienes el matar era ganar su vida!

Los carros destinados por el ayuntamiento desocuparon durante esta comedia los patios de los montones de cadáveres que los obstruían: el agua no bastaba para lavar el piso, y los piés se resbalaban en la sangre. Los asesinos, ántes de volver á su obra, extendieron una capa de paja en una parte del patio, cubriéndola con la ropa de las víctimas, decidiendo entre sí no volver á matar sino sobre este colchon de paja y lana, para que la sangre se empapase en la ropa y no se esparciera por el pavimento. También dispusieron bancos alrededor de este teatro, para que cuando fuese de día, las mujeres y los hombres curiosos de ver la agonía pudiesen asistir sentados á este espectáculo, situando en torno del patio centinelas para que cuidasen del órden. Al amanecer, aquellos bancos encontraron en efecto mujeres y hombres del cuartel de la Abadía que los ocupasen, y los asesinos quien los aplaudiese. Durante este tiempo, Maillard y los jueces comían en el calabozo. Despues de haber fumado en sus pipas, se durmieron sin remordimientos en los bancos, y tomaron ánimo para el trabajo del siguiente día.

V

Sólo los presos no durmieron. Encerrados todos en sus calabozos ó en las salas, en pié ó sentados en sus camas, escuchaban. Cualquier ruido tenía una significación de vida ó de muerte en sus oídos. La ventana enrejada de la torrecilla de la Abadía, desde donde se divisaba por un lado la calle de Santa Margarita y parte del patio por el otro, era un observatorio al cual se subían los más animosos, unos despues de otros, para informar á sus compañeros de lo que pasaba por fuera. Al notar el silencio de las últimas horas de la noche, creyeron que el pueblo había cesado en sus asesinatos. Algunos se desmayaron de debilidad, y otros pasaron aquellos instantes en orar, en escribir sus defensas ó á sus esposas, ó finalmente, en arreglar sus testamentos.

Al romper el día, dos sacerdotes, el abate Lenfant, predicador del rey, y el abate Rastignac, escritor religioso, encerrados juntos en la Abadía, reunieron á los presos en la capilla. Allí, desde el púlpito los prepararon á la muerte. Estos dos sacerdotes tenían cerca de ochenta años de edad; sus cabellos blancos, sus facciones descoloridas por el tiempo, maceradas por el desvelo y divinizadas por la proximidad del martirio, daban á sus acciones y á sus palabras la solemnidad angélica de la eternidad: ellos se aparecieron á los jóvenes presos como los ángeles de